

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

EL SÍMBOLO DE LAS NEGACIONES.

Amortiguadas en muchos las creencias religiosas y en no pocos estinguidas, á la autoridad ha reemplazado la razón, á la fe el escepticismo, que descendiendo del orden sobrenatural por la fuerza misma de las cosas, ha llevado la duda á todas las esferas de los conocimientos humanos; porque una vez cogido un anillo cualquiera de la larga cadena del error, se recorren todos facilmente desde el primero hasta el último. Así es como del abatimiento de las creencias religiosas ha nacido el escepticismo filosófico, y de este el político y el social con su ordinario cortejo de revueltas y de luchas, de partidos y fracciones.

Ni podía ser de otra suerte, porque la religion es á un tiempo un dogma, un código y una filosofía; y como estas tres cosas juntas y cada una de por sí constituyen una de las primeras necesidades de toda sociedad y de todo individuo, claro es que no podrán nunca destruirse sin dejar un gran vacío, que el hombre se apresurará á llenar con un nuevo dogma, una moral y una filosofía nuevas. Pero como lo que el hombre edifica no puede tener otro apoyo que la flaca razón, sucede necesariamente que el edificio mucho antes de llegar á su coronamiento se cuarteja, y cuarteado viene á tierra con estrépito. Entonces el hombre, vista la nulidad de sus esfuerzos, cae en el desaliento, en pós del cual le aguardan todos los horrores de la duda.

Y sino véase qué es lo que han edificado sobre las ruinas de la fe los que con tan rudo afán y loca esperanza la batieron; véase con que han suplido á la filosofía católica los pretendidos fundadores de una ciencia nueva, libre de las trabas de la revelación y de la salvadora tutela de la autoridad. Todos sus trabajos, si bien se examinan, vienen á reducirse á una pura negación que de seguro está muy lejos de producir en sus ánimos la certeza, y que por lo tanto mas bien que negación debe llamarse escepticismo.

La escuela que se apellida á sí misma revolucionaria se ha encargado de poner de manifiesto esta verdad, redactando un símbolo cuyos artículos fundamentales son unas como fórmulas del escepticismo religioso, filosófico y político, que constituye el carácter de las revoluciones modernas. En su bandera desplegada hoy al viento puede leerse este símbolo, reducido á las siguientes negaciones que son su lema obligado: *libertad religiosa, libertad del pensamiento, derechos individuales ilegislables*; y las llamamos negaciones, porque lejos de contener doctrina alguna, son la negación de toda doctrina; en vez de edificar, destruyen.

Y sino ¿qué otra cosa es en el fondo la libertad religiosa erigida en principio mas que la negación de todas las religiones? La doctrina que dá el mismo valor al Corán que al Evangelio, que concede unos mismos derechos al ateo y al creyente, al que afirma y al

que niega, ¿es en realidad otra cosa que la solemne sancion del escepticismo religioso? Verdad es que llevada la cuestion á otro terreno, circunstancias hay en que la razon y la prudencia aconsejan á una el establecimiento de la libertad religiosa, pero de esto á su proclamacion absoluta hay una distancia inmensa; la misma que hay de la caridad que aguanta el mal y lo deplora, al cinismo que lo aplaude y autoriza; la misma que hay de la conviccion ilustrada que tolera pero no transige, al estúpido escepticismo en cuya balanza el sí y el nó tienen igual peso.

Puesta en duda la verdad religiosa, natural era que en virtud de la terrible lógica del error lo fuera igualmente toda otra verdad, así la filosófica como la política y la social, y que se continuaran en el símbolo de la revolucion todas las demás libertades que derechamente se derivan de aquel deletéreo principio. La de pensar se ofrece en primer término como uno de los mas preciados derechos de todo sér inteligente y libre, como una de las mas gloriosas conquistas de las revoluciones modernas; no obstante, si atentamente se la examina, será preciso convenir en que no es otra cosa sino una de las muchas fases del escepticismo contemporáneo.

Efectivamente, en buena lógica solo en las materias que son del dominio de la duda cabe la libertad intelectual, así como la moral no puede ejercitarse mas que en aquellas que no están comprendidas en la esfera de la ley. Toda vez que se admita la existencia del mal moral, claro es que no puedo ni debo practicarlo, y que mi libertad en este caso se reduce á la simple facultad de hacer ó dejar de hacer, la cual no crea en mí ningun linaje de derecho; así tambien si existe la verdad y puede ser conocida, en este caso la tal libertad de pensar no es mas que una quimera, no es sino la simple facultad de cerrar los ojos á la luz con el torcido fin de no ver, facultad que tampoco puede constituir la base de ningun derecho. *In necessariis unitas, in dubiis libertas*, ha dicho con profunda exactitud un gran filósofo cristiano. Así pues la libertad de pensar puede compaginarse solo

con la duda, porque no se la concibe sino presuponiendo que la existencia de la verdad sea un problema irresoluble, y que la inteligencia se alimente de ilusiones, aun en el caso en que el ojo del espíritu se siente iluminado por la viva y resplandeciente luz de la evidencia; es decir que la libertad intelectual es la negacion de toda verdad, es un aborto del escepticismo.

De este mismo principio se deriva la *moral universal, los derechos ilegislables* y demás artículos de la fe revolucionaria, formas diversas de una misma negacion aplicada á todo órden de conocimientos y variada hasta el infinito. La moral universal, semejante á las confusas sombras de la noche cuyos inciertos contornos no presentan nada fijo, no ha podido hasta ahora ser definida por ninguno de sus mas ardientes defensores. Para serlo fuera menester que arrancara de una base sólida y estable, condiciones que nunca reunirá si no reconoce á Dios por su origen; y sabido es que el dios de la revolucion no es mas que una mera obstraccion de la mente, «un ideal sublime con que la humanidad se ha representado á si misma bajo la alegoría de los mitos religiosos.» ¿En qué consistirá pues una moral que tiene por única base un sueño de la fantasía? En una cosa de todo punto indefinible, sujeta por lo demás á las veleidades y argucias de la razon individual, á las influencias del clima, á las preocupaciones de la educacion y al espíritu del siglo en que se vive. ¿Qué es pues lo que se divisa al trasluz de la moral revolucionaria sino el desolante escepticismo?

La metafísica teoría de los *derechos ilegislables* es la divinizacion del hombre, cuya soberanía queda colocada por ellos muy por encima de toda ley; es la negacion de toda autoridad así divina como humana. Proudhon el mas lógico de todos los revolucionarios ha dejado planteada la pavorosa fórmula del escepticismo político y social á que irremisiblemente conduce tan desatentada teoría. «¿Quién sabe, ha dicho, si descubriremos que las fórmulas gubernamentales, por las que los pueblos y los ciudadanos sesenta siglos hace que

se degüellan, no son sino una fantasmagoría de nuestro espíritu, á las que el primer deber de la razon libre sea relegar á los museos y á las bibliotecas?»

Estos son en resúmen los principales artículos de la moderna fé revolucionaria. La política que, sea cual fuere su denominacion, en todo ó en parte los adopta, cuenta que edifica junto al cráter de un volcan; no se pasará mucho tiempo sin que la ardiente lava de la revolucion arrolle semejante política y los pueblos que por ella son regidos.

JUAN MAURA PRO.

EL CLERO.

I.

SUS DEBERES RELIGIOSOS (*).

¿Por qué la impiedad suscita contra el clero la suspicacia de los gobiernos y las iras de las masas? ¿Por qué arroja sobre su frente venerable la negra mancha de la calumnia? ¿Por qué aleja de los umbrales del templo á ese pueblo que languidece sediento de la palabra evangélica, de esa palabra que hace renacer en su angustiado espíritu la paz, el consuelo, el amor y la esperanza? ¿Por qué intenta aplastar al sacerdote bajo las bóvedas del santuario que se desploman á su empuje violento?

Ah! bien pueden esos *bravos* esgrimir contra el clero sus ignobles armas, que ya entienden no ha de vengarse sino con lágrimas compasivas y palabras de perdon. Poco lastiman al clero esas persecuciones; ya sabe que la cruz se le convierte siempre en trono: con todo las deplora por el daño que hacen á los pequeños, á ese pueblo humilde, al cual si no otorga la soberanía del molin, otorga en cambio la soberanía de la fé y del amor.

Ved al sacerdote sin esposa, sin hijos, sin familia: su familia es el pueblo fiel, es la humanidad desparramada por toda la redondez de la tierra: hijos suyos son todos los hijos de Dios, mas numerosos que las estrellas del cielo, que las arenas del mar. El rico y el pobre, el sabio y el idiota, son iguales ante el sacerdote, como ante Dios. El rey y el proletario besan igualmente su mano consagrada: el

extranjero, el peregrino le llaman *padre mio* sin conocerle. El sacerdote á todos reparte un mismo pan de enseñanza, á todos purifica en un mismo baño de salud, á todos consuela con la promesa de una misma bienaventuranza, á todos recibe en los brazos de una misma caridad.

Ved al sacerdote: al nivel del pueblo por su traje modesto, por su vida frugal, por su humilde nacimiento, al nivel de los grandes por su educacion y por su ciencia, conoce perfectamente las miserias y las virtudes, las tristezas y las alegrías del corazon del hombre. Sus labios destilan un bálsamo suavísimo, su corazon es como una urna que exhala el aroma de la resignacion y la esperanza, sus manos ungidas con el óleo santo tienen maravillosa virtud para cicatrizar las heridas del alma. Al pié del altar, sobre la cátedra sagrada, en el umbral del indigente, á la cabecera del moribundo, despliega toda la magestad de su ministerio sublime. Allí habla de Dios, y sus palabras levantan hasta el pié de su trono la fé, el deseo y la esperanza del mortal.

Ved al sacerdote: él bendice la cuna de nuestra infancia, el tálamo de nuestro amor, la sepultura que encierra nuestros despojos. Apenas nacidos nos recibe en sus brazos, é imprime en nuestra frente el sello de hijos de Dios. Al despuntar los albores de nuestra razon nos enseña á balbucear el catecismo, ese libro divino donde se encierra el germen de todos los dogmas, de todos los preceptos, de todas las evangélicas virtudes, ese compendio de la sabiduría que haria enmudecer á Platon y Aristóteles. Antes que las pasiones nublen el sereno dia de la infancia, nos llama al pié del altar, y allí trasforma nuestro corazon inocente en un relicario donde deposita los santos misterios, y tras el velo de estos misterios nos muestra á ese Dios que se complace en habitar entre los lirios y azucenas del candor. A la hora de la desgracia lo hallamos á nuestro lado, mezclando sus lágrimas con las nuestras; y aunque el mundo nos abandone, él solo nos acompaña hasta los umbrales de la eternidad, y al abrirnos sus misteriosas puertas nos dá para el camino una plegaria, una promesa y una esperanza. Al arrojar sobre nuestra tumba el último puñado de tierra, bendice nuestros inanimados restos, vierte sobre ellos sus últimas preces y sus últimas lágrimas, y los deja descansando á la sombra de la cruz, símbolo de la resurreccion futura.

La oracion, la enseñanza, la moral, el perdon, el consuelo, ved ahí los medios de que se vale el sacerdote para establecer entre los hombres el reinado de la paz.

(*). Publicase en forma de artículo y abreviada la conferencia del domingo último.

Del sacerdocio de la oración participan todos los fieles. Cuando los rayos del sol naciente hieren nuestras pupilas y nos obligan á sacudir el perezoso sueño, cuando el humo del hogar nos llama á sentarnos á la frugal mesa; y cuando el crepúsculo vespertino guía nuestros pasos á buscar el descanso de la noche, oímos la campana de la vecina torre que nos convida á levantar á Dios el corazón y el pensamiento. Mas el sacerdote siete veces al día toma en sus manos el arpa de David, y con inspirado acento canta á la presencia de Dios sus inefables promesas y sus pavorosas amenazas, las iniquidades del hombre y las divinas misericordias; le recuerda las humillaciones y las glorias, los combates y las conquistas de su Cristo; toma inspiración de los profetas, habla con la lengua de los padres, clama con la voz de los apóstoles, y por fin empuña el sagrado incensario y rodea el altar donde la magestad de Dios descende, y mezclando sus lágrimas con la sangre de la víctima augusta, arranca de las puertas del cielo á la misericordia divina, y la obliga á descender sobre la tierra y repartir sus dones entre los mortales.

Para el ministerio de la enseñanza tiene el sacerdote un libro escrito por el dedo de Dios. Cuando el sacerdote lee en este libro y explica al pueblo sus divinas palabras, su voz llena las bóvedas del santuario, y ora se despeña de sus labios como desbordado torrente, ora fluye como río de mansas y cristalinas aguas; ó bien aterra las conciencias culpables, ó bien suena grata y armoniosa á los oídos del justo, como un gemido de amor y esperanza. Cuando por vez primera unos pescadores hablaron estas divinas palabras, al eco de su voz los impuros dioses cayeron de sus pedestales, y del fondo de aquellas tinieblas brotó la luz esplendorosa del cristianismo. Esta luz, difundida por el ministerio sacerdotal, ha ido disipando las nieblas de la persecución y de la herejía, y ha esparcido sus resplandores por el monte y el valle hasta penetrar el hórrido desierto, la playa abandonada y el bosque salvaje, en cumplimiento de aquella divina promesa: «vosotros sois la luz del mundo.»

El dogma, la moral y el ejemplo no son en el Evangelio sino tres revelaciones de una misma palabra, del verbo de Dios. En el dogma está la verdad, en la moral la justicia, y esta verdad y esta justicia se dan las manos para tejer la historia maravillosa de la vida de Jesucristo entrelazada de santos ejemplos y de sublimes enseñanzas. Ahora bien, el sacerdote habla esta palabra que es verdad, que es justicia, que es ejemplo; y la unción de la

gracia la lleva al corazón del fiel, y allí la deposita como un germen fecundo de virtudes. Habla el sabio; espone con eruditas razones su peregrino sistema, y solo logra con la armonía de sus períodos agitar en ondas mas ó menos sonoras el aura popular. Habla el sacerdote; y su palabra, como la de Jesucristo, dá vista á los ciegos, oído á los sordos, movimiento á los tullidos, resucita á los muertos y evangeliza á los pobres. Nada mas sorprendente que ver brotar de la corrupción pagana todo un pueblo de santos, de vírgenes purísimas, de mártires invictos, de austeros penitentes. Ah! la castidad, la humildad, la abnegación cristianas son sin duda sobrehumanas, son rasgos de virtud heroica que no admiramos, como no admiramos los resplandores del sol y el brillo de las estrellas, acostumbrados como estamos á su hermosura.

Regado el mundo con las gracias del cielo por la virtud de la oración, iluminado con la luz de la enseñanza divina y calentado al fecundo calor de la moral, parecia cumplida la misión del sacerdote. Mas, ay! que el hombre es frágil como el barro de que ha sido formado. El hombre se estravía, como oveja, por los senderos de la vida, y es preciso que el buen pastor siga la huella de sus pasos, que lo llame con amoroso silvido, que lo cargue sobre sus hombros. El mas sublime y consolador ministerio del sacerdote es el ministerio del perdón. Oh! ved como al sacerdote acuden los Magdalenas para llorar á sus piés, como al sacerdote acuden los hijos pródigos para arrojarse en sus brazos. Este ministerio de perdón se ejerce en forma de juicio. Los tribunales de la tierra castigan al culpado sin destruir su culpa; en este tribunal augusto el dolor sincero deshace la culpa, y satisfecha así la divina justicia, descende sobre la cabeza del culpado la divina misericordia. Aquí sin testigos, sin fiscales, sin probanza, sin cadenas, sin castigos, se fallan mas causas en un solo día que en un tribunal cualquiera en muchos años. La continencia del jóven, el pudor de la doncella, la fidelidad de la esposa, la vigilancia de la madre, la resignación del anciano se deben á este ministro del Dios de paz, que con una palabra de perdón nos lava, nos regenera y santifica.

El sacerdote que así atiende al bien de las almas no olvida el alivio de los cuerpos. De día, de noche, con sol, con lluvia, con nieve, siempre tiene abierta su puerta, encendida su lámpara, preparado su báculo: donde quiera haya un sér que llore, gima ó padezca, allí vuela; para él no hay caminos largos, ni sendas impracticables, ni aires mal sa-

nos, ni enfermedades contagiosas. Él solo conoce todos los albergues de la miseria, todas las moradas del infortunio, todas las casas del llanto, todos los lechos del dolor. Él solo traspasa los sombríos umbrales, á fin de verter las lágrimas de su compasión, los consejos de su prudencia y los tesoros de su caridad.

Así pasa por la tierra haciendo bien esta imágen viva de Jesucristo. Mas cuando la ancianidad ciñe sus sienes con una corona de venerables canas, cuando sus manos tiemblan al levantar la Hostia santa, cuando sus piés vacilan al dirigirse al albergue del pobre, cuando su voz lánguida y congojosa apenas deja oír á su amada grey breves palabras que semejan suspiros del otro mundo, entonces le vemos inclinar aquella cabeza coronada de merecimientos y de virtudes, á la manera que el árbol inclina sus ramas cargadas de sazonado fruto. Al morir el sacerdote no rodean su féretro los contristados hijos, lo rodean el pobre, la viuda, el huérfano que lloran inconsolables, mostrando las ropas con que cubrió su desnudez aquella mano caritativa. Sobre su tumba, que señalan una humilde piedra y una cruz sencilla, no hallamos á la desolada esposa que suelto el cabello y arrasados en lágrimas los ojos conmueve con sus lamentos los huesos del difunto marido; pero hallamos á un pueblo que ora silencioso por su padre y su pastor, quien al volar al cielo dejó en el fondo de su alma una fé, un amor y una esperanza.

Tal es la mision del sacerdote. Paréceme sorprender en los labios del incrédulo una sonrisa burlona; mas yo saludo cortés, y paso adelante. El verdadero creyente sabe que no hay pincel capaz de bosquejar la figura del sacerdocio; en cuya ungida frente irradian los resplandores de la magestad divina. Los primeros sacerdotes tuvieron un Judas, los primeros diáconos un Nicolás; desde entonces jamás han faltado al clero apóstatas y herejes. Con todo, ese clero ha reformado al mundo y ha creado todas las maravillas de la civilizacion cristiana. El sol tiene sus manchas, y no por eso deja de ser la lumbrera del mundo que lo ilumina con sus resplandores y lo vivifica con su secundo calor.

M. MAURA PRO.

¡PRÁCTICA! ¡PRÁCTICA! (*)

Hay pocos hombres, relativamente hablando, que se crean á sí mismos impíos ó irreligiosos, y no obstante hay en el mundo, tambien relativamente hablando, poca religion. ¿Cómo se explica este fenómeno? ¿En dónde está la contradiccion? ¿En las palabras, ó en las ideas?

En las primeras, á mi pobre parecer: en las palabras. Vas á entenderme, querido lector.

No se tiene generalmente de la religion el concepto que debe tenerse, y por esto son muchos, muchísimos, los hombres que creen tenerla, cuando no la tienen en realidad. La contradiccion pues que te acabo de señalar es pura apariéncia. La verdad tristísima, por mas que amargue decirla, es que son muchos los hombres irreligiosos, y que hay poca religion.

¿Qué es, en efecto, la religion? Dos cosas significa esta palabra, dos cosas que son una sola. Significa un conjunto de verdades que hemos de creer, y un conjunto de preceptos que hemos de observar. Y si falta un solo punto de esos, si no se cree todo lo que se debe, y si se hace profesion de no observar todo lo que se manda, entonces... el hombre que tal hiciere será pacífico, sobrio, honrado al uso del mundo, será todo lo que quiera ó todo lo que pueda, pero no será un hombre religioso, no tendrá religion, porque tener religion es tenerla toda, y religion mutilada no es verdadera religion.

No parece comprenderlo así un jóven amigo mio, trabajador por mas señas. Cuando atentamente le considero, léngole mas lástima que á los ateos furiosos. Es hombre de bien, á su modo de pensar, pues ni roba, ni mata, ni insulta, ni se mete en pendencias. Nunca se le oyó palabra alguna contra la religion, pero... (este *pero* es tristísimo) tampoco se le ve practicar acto alguno de ella. Quiérenle todos por su amabilidad y buen trato, es simpático, al morir será llorado por sus amigos, pero... ¿qué le han de valer ante Dios las simpatías todas que pueda haber inspirado acá en el mundo su bondadoso carácter? ¡Y no obstante él se llama católico!

Hay mucho de eso, lectores míos, en la sociedad que nos rodea; hay mucho de ese catolicismo que no se practica, y que por lo tanto no es catolicismo. Y hay mas aun. Además de los indiferentes por sistema que se juzgan hijos de la Iglesia solo porque no la persiguen, además de los distraídos que se creen buenos solo porque no piensan mas que en su negocio, hay muchos que en conversacion, en periódicos, en la cátedra, en el parlamento os hablarán muy gravemente del Ser supremo, del sentimiento religioso, de la civilizacion cristiana, etc., etc., y no obstante, ni un minuto de su vida han consagrado á la glorificación y adoracion de ese Ser supremo, ni un acto solo puede citarse de ellos en testimonio de aquel su

(*) De la *Revista Popular* de Barcelona copiamos este artículo; importante por su misma sencillez, y cuyas verdades sólidas y harto olvidadas jamás podremos recomendar bastante.

sentimiento religioso y de estas ideas cristianas que con tanta elocuencia saben ponderar.

¡Ah! ¡siglo de elocuente palabrería! ¡Menos hablar de religion y mas practicarla! Y si hablar es indispensable para defenderla, defiéndala al mismo tiempo nuestra vida, y den claro testimonio de la verdad todos los actos de ella.

Óyelo bien, pues, querido lector; tener religion es practicarla, y si no la practicas no la tienes; lan ateo eres como Suñer de desdichada memoria.

Tener religion es practicarla, y practicarla es precisamente lo que ciertos despreocupados hallan de mal tono y de pésimo gusto.—Cosa de mujeres, dicen; ¿quién vá á meterse ahora á devoto?

Practicarla es rezar sus oraciones como los niños y las mujeres; como los niños y las mujeres, ¿oyes? y esto por hombre barbado que seas, y por muy alto que sea tu pedestal. Rezaron, como los niños y las mujeres, hombres de genio como Bossuet, Newton, Balmes y Donoso Cortés; rezaron grandes filósofos, insignes poetas, esclarecidos capitanes; rezaron como tu mujer y tus hijos, y ¿habia de rebajarte á tí ese rezo dirigido á Dios, hombre de poca fe... y de poca razon?

Practicarla es guardar sus fiestas y hacerlas guardar, y no robar á Dios y al pobre el dia santo que no es tuyo, sino de ellos. ¡Respetá lo ageno, ladrón del culto de Dios y de la fe del pueblo!

Practicarla es tener amorosa devoción á sus santos y en particular á María santísima la primera de todos. De lo contrario, eres protestante.

Practicarla es... y ¿cómo citar aquí hasta el fin todos y cada uno de los deberes *prácticos* del católico *práctico*, que es el único católico verdadero? Practicar la religion es, en menos palabras, hacer todo lo que ella recomienda y no hacer nada de lo que ella reprueba; y si así no se vive, si así no se obra, no hay remedio, no se tiene religion; lo que se tiene es un ateísmo vergonzante, peor tal vez que el ateísmo sistemático y descarado. ¿Por qué no gritais entonces: No hay Dios?

¡Práctica! ¡Práctica! ¿Sabeis por qué se hunde el mundo? No es por falta de gentes que se llamen católicas, es por falta de gentes que lo sean. Dadme que lo sean de veras todos los que creen serlo, y estamos salvados.

¡Práctica! ¡Práctica! LA RELIGION NO ES PRINCIPALMENTE CUESTION SOCIAL, como se figuran algunos. Primariamente y principalmente ES NEGOCIO INDIVIDUAL DE CADA UNO. Pues bien. Al morir no os salvará, no, el dictado de católicos, ni el certificado de tales dado por la pública opinion. Os juzgarán y os salvarán (ó bien os condenarán) vuestras obras, esto es, vuestra práctica.

¡Práctica! ¡Práctica! esa es la piedra de toque con que se prueban las verdaderas convicciones. ¿Tienes prácticas católicas? Católico eres. ¿No tienes prácticas religiosas? Luego no tienes religion por mas que digas.

Obras son amores, y no buenas razones. Dime lo que haces, y te diré lo que eres. ¡Qué excelente punto de vista para un escrutinio de la conciencia en la presente cuaresma!—F. S. y S.

CRÓNICA.

El 18 de febrero, á medio dia, el papa recibió en audiencia solemne en la sala ducal á mas de 1,500 personas pertenecientes á las parroquias de *Santa María in via lata*, de *Santa María in via* y de *San Marcelo*. Estaban presentes cinco cardenales, dos príncipes romanos y otros personajes. Al presentarse su santidad fué recibido con ardientes aclamaciones, y sentado despues en el trono se dignó oír la lectura de un mensaje que en nombre de todos le presentó el principe de Campagnano D. Mario Chigi. El papa contestó con una preciosa alocucion, que segun la publican los periódicos romanos, dice así:

«El pueblo romano no desmiente su carácter, fundado en la fé católica, en el respeto á la autoridad y en su amor á la santa sede. Yo me regocijo nuevamente por ello, y ruego á Dios que confirme lo que ha obrado desde lo alto: que confirme, sí, á todo el pueblo romano en estos sentimientos de fé y de amor, para que persevere en ellos hasta el fin sin mirar los respetos humanos.

Os diré algunas palabras sobre el evangelio de este dia, y podremos hacer algunas reflexiones adecuadas á las presentes circunstancias. El Dios Salvador, despues de haberse encarnado y haber tomado nuestra naturaleza humana, quiso someterse todavía á las mayores humillaciones, y permitió, él que no podia pecar de ninguna manera, que el tentador comun se acercase á él y le tentase. Tres fueron las tentaciones por las cuales el diablo, presentándose á Jesus, quiso con impudente maldad, digna de..... Pero dejémosle hablar.

Ante todo, presentó una piedra á Jesus y le dijo: Tú que todo lo puedes y que has hecho tantos milagros, haz que esta piedra se convierta en pan. ¡Ah! Cuántos hay en nuestros dias que quieren convertir la piedra en pan! mas para convertir la piedra en pan cometen mil injusticias. No me refiero á los bandidos, ni á los ladrones que invaden las ciudades y se introducen en las casas, sino á los hombres de posicion y á los que se presentan en traje de caballeros en el gobierno de la sociedad, y de los cuales yo no puedo decir sino que se han enriquecido repartiéndose los bienes de otro. Todos estos quieren convertir la piedra en pan, pero injustamente.

Ahora bien; Jesucristo respondió al demonio: «Sí, necesario es que los hombres tengan pan; pero sabe que los hombres no deben vivir solamente de pan. *Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei*. El pan no debe ser el único alimento: es preciso alimentarse de la palabra de Dios.» Los bandidos, los malvados, todos los que van á despojar al prójimo y despues huyen, no escuchan la palabra de Dios, y no la tienen en cuenta. Sirvanos esto de enseñanza. Necesitamos en verdad pan para sostener el cuerpo; pero no olvidemos el pan de la palabra divina, que nos sostendrá siempre en medio de los peligros que nos rodean.

En la segunda tentacion el demonio, llevando á Jesus á la cima del templo, le dijo que se arrojara de allí porque los ángeles le sostendrian; y Jesucristo respondió que no se debía tentar á Dios, como hacen tantos y tantos que viven olvidados de Dios y acumulan pecados sobre pecados, tentando así su divina misericordia que invocan sin cuidarse de su justicia. Y observad que el demonio al citar los versículos del salmo falsifica sus palabras, como hacen todavía estos evangélicos y cismáticos que falsifican ciertos pasajes y dan á entender á los ignorantes lo que no es. Jesucristo, que no podia engañar ni ser engañado, lo vió bien, y previno las mentiras, la falsa interpretacion y las corrupciones del texto que invocaba el demonio. Los que imitan al demonio han sido confundidos; pero no abandonan su opinion, porque están abandonados de Dios.

En la tercera tentacion, Jesucristo consintió en ser insultado por el demonio, dejándose llevar por él,—cosa estraña que hace estremecer,—á una alta montaña, y allí mirando á todas partes, el demonio le dijo: «Mira estas provincias, estos reinos y estos imperios; todo te lo daré si prosternado me adoras.» La respuesta fué decisiva: *Vade retro, Satanas; scriptum est enim* etc. Entonces los ángeles vinieron á servir á Jesucristo.

Todo esto pasó y pasa en nuestros días. El demonio se ha presentado á la revolución y le ha dicho: «Si te prosternas ante mí, te daré estos imperios, reinos y provincias.» Y no es solo á Italia á quien el demonio ha hablado así, sino también á otros países y lugares muy conocidos. El demonio ha venido, ha propuesto un pacto sacrilego y ha sido aceptado.

El pacto consistía en convertirse en soberanos de esta península, con la condición de perseguir á la Iglesia, de desfigurarla, de perseguir á sus ministros y de difundir en todo y por todo á manos llenas la blasfemia y la inmoralidad. Y el demonio ha sido adorado; pero ¡oh! ¡cuán fatales consecuencias debia producir esta adoración! Indudablemente, tal es la consecuencia de esta brecha funesta. ¡Ah! si entonces hubiera tenido yo la misión de Leon el grande, de ese gran pontífice que se presentó delante de Atila, habríame presentado ante la revolución y los revolucionarios y les habria dicho: «esperad, antes de poner la planta dentro de los muros de la ciudad santa. Reflexionad un momento conmigo sobre las memorables consecuencias de esta invasión sacrilega; y despues subireis al Capitolio, despues entrareis en los demás lugares de esta ciudad, despues permitiéndolo Dios entrareis y subireis; pero no obstante, ¿habreis ganado algo con esto? Entrareis y tendreis el poder de destruir, pero no de edificar; entrareis para derramar en estas santas murallas todo linaje de iniquidades; entrareis para preparar los caminos á las plagas mas funestas que caerán sobre vosotros, porque sereis víctimas de vuestra ambición.»

¡Santo Dios! no hablo movido por odio ni por envidia, pues protesto ante todos vosotros que orais conmigo por la conversión de ese pueblo, que no se aparta de mi vista este divino precepto: *Diligite inimicos vestros, benefacite his qui oderunt vos*. Pues oremos juntos por su conversión, oremos por los que se endurecen bajo el martillo de la iniquidad. Oremos por los que empiezan á ver que se engañaron creyendo que vivían en la luz, y hoy confiesan que caminan entre tinieblas. Oremos, por último, para que Dios suspenda el rigor de sus castigos, y que libre á este querido pueblo de los efectos de sus santas venganzas atraídas por el pecado.

Y ahora os convido á orar conmigo, cuanto antes posible, por cuatro fines: primero, por el que acabo de hablar; si, oremos por la conversión de los pecadores y para que Dios nos conserve en estos sentimientos y en esta fé, y con nosotros á todos los romanos.

En segundo lugar, es preciso orar y con fervor por otro objeto. Dentro de algunos días la asamblea nacional de un gran país debe ocuparse en hechos que nos conciernen, y alguno debe levantar en ella su voz por Nos. Oremos pues por esa asamblea, para que las resoluciones que adopte redunden en gloria de Dios y de la nación que las tome, así como en favor de esta santa sede. Oremos también para que estas medidas redunden en beneficio de esa misma nación, y que se acuerde de que sin Dios no hay gobierno posible.

Orad, en tercer lugar por los católicos de Alemania que se mantienen fieles y constantes en sus deberes ante la violenta oposición que sufren. Orad finalmente para que la Iglesia se propague por toda la tierra.

Y ahora, antes de separarme de vosotros, quiero daros la bendición apostólica. Señor, desde lo alto de los cielos veis esta ciudad, este pueblo y esta nación. Sabéis cuáles son mis deseos por su santificación. Yo os doy gracias, oh Dios mio, por el espíritu que infundís en el pueblo romano; os doy gracias por todos los beneficios que diariamente me dispensáis; os doy gracias por la fé que se aumenta, se fortalece y hace mas fecunda por una parte, mientras se la destruye por otra. ¡Oh, Dios mio, que vuestra bendición fortalezca á los débiles y les prepare para sostener los mas rudos combates; que esta bendición lleve la paz y concordia á cada una de esas familias, para que todas trabajen por el mismo fin, es decir, por la santificación de sus almas y por la defensa de la verdad y de la justicia! ¡Que esta bendición, acompañándolas en toda la peregrinación de su vida, les fortalezca y ayude en el supremo momento de la muerte, á fin de que haciéndose dignos de entregar sus almas en vuestras manos, puedan bendeciros y alabaros por toda la eternidad.»

Segun telegramas de Roma del día 20 la alocución del papa sobre las peticiones de los católicos franceses á la asamblea ha producido en todas partes profunda sensación. Los periódicos revolucionarios están estupefactos.

El príncipe Federico de Prusia ha estado en el Quirinal el lunes 19. Al otro día obtuvo del papa una audiencia que duró media hora. El papa mostró una majestad verdaderamente real, y el príncipe se retiró muy conmovido.

El 26 de febrero, 2,500 personas de las parroquias de san Eustaquio, santa María sobre Minerva y santa María Magdalena, presididas por sus párrocos y por el ilustre marqués Patrizi, llenaban la gran sala ducal del Vaticano y la vasta antecámara precedente.

Calmado un poco el ardiente entusiasmo que en aquella multitud produjo la vista del pontífice, el marqués Patrizi leyó un conmovedor mensaje, al cual respondió su santidad en los siguientes términos:

«Entre las tres parroquias que me ofrecen hoy tan bella y radiante corona, hay una de que yo fui feligrés, habiendo cerca del párroco un modesto albergue en un convento. Esto ya es antiguo, de hace mas de medio siglo, porque me acuerdo que hace cincuenta y seis años que sucedía eso. Yo lo recuerdo con placer, y es una feliz coincidencia que esta parroquia haya venido, con las dos que la acompañan, en un día que la Iglesia consagra á pensamientos de alegría y felicidad, á la meditación del paraíso. El evangelio en efecto, recordándonos hoy la Transfiguración del Señor, da ocasión á los autores sagrados para hablar del paraíso. Hoy es un tema dificultoso, porque estamos mas dispuestos á hablar de males y dolores que de gozos y alegrías.

«El doctor de los gentiles, que estuvo un instante con su cuerpo ó sin su cuerpo y con su alma sola en esa región magnífica, decía que habia visto cosas que la lengua humana no puede expresar, y que el espíritu humano con todo el poder de la imaginación no hubiera podido concebir. Basta saber que el paraíso es el lugar donde no habrá queja, ni dolor, ni incertidumbre, y donde viviremos eternamente en una paz admirable alabando á Dios por toda la eternidad. Mas para alcanzar esta gloria es indispensable merecerla en este mundo, porque no podremos ceñir nuestras frentes con la corona de la bienaventurada inmortalidad, si no combatimos generosamente sobre la tierra. *Non coronabitur nisi qui legitime certaverit*.

«Gracias á Dios, podemos decir que hoy se han multiplicado de tal manera las ocasiones de combate, que parece que Dios ha querido hacer mas corto el camino que conduce al paraíso. No hay día, no hay hora, no hay momento en que no sea necesario combatir para sostener los derechos de la justicia y de la verdad.

«No hay momento en que los principales enemigos de la familia humana no estén enfrente de nosotros, ardientes en sostener sus falsos derechos y procurando el triunfo por la violencia, el fraude y la astucia. Estos enemigos principales ya sabéis que son el demonio, el mundo y la carne. La carne, que corrompe tantos lugares del mundo con sus vicios y concupiscencias, se dilata como un inundo charco de tal manera, que debemos temer oír de nuevo estas palabras de Dios: *Mi espíritu no permanecerá en el hombre, ó á lo menos, diré, en muchos hombres*, porque son presa de la carne.

«A la carne se une el mundo, que no está todavía satisfecho de todo lo que nuestros ojos pueden ver, ni de todo lo que hacen los que pueden hacer obras diabólicas, y que les grita que sigan adelante. Todo lo que se ha hecho no le basta: quiere que sigan en la senda de la iniquidad, que sean atacados los principios santos y combatida la fé por todos los medios, ya ridiculizando las cosas santas, ya fundando escuelas para corromper á la juventud. En una palabra, los escita á sumergirse mas en la impiedad, como si ya no hubieran hecho demasiado!

«Parece en fin que el demonio escita mas todavía la carne y el mundo. Creo ver renovarse en nuestros días lo que aconteció hace tantos siglos al solitario de Hus, al pa-

ciente Job. Es uno de los puntos mas árdios de la escritura, y de los que mejor muestran la necesidad de prosternarse humildemente en tierra, el diálogo que tuvo entonces Dios con el demonio. Entonces el demonio recorria libremente toda la superficie de la tierra. Interrogado por Dios, respondió: *Circuivi terram et perambulavi eam*: y Dios (¡qué diálogo tan incomprensible!) añade: «¿Has visto á Job, el hombre justo, y cuán bien cumple sus deberes, cuánto respeta á su Dios, cuán santamente educa á su familia?» Y el demonio con su infernal descaro replicó: «¡En verdad el amor de Job á su Dios es desinteresado! ¿No le has colmado de los bienes de la tierra? ¿No le has colmado en sus rebaños y en su familia? Quitale todo eso, y verás á donde va el amor de su Dios.»

»Y Dios dió libertad al enemigo del género humano y al suyo, para que pudiese afligir á esta alma bendita y arrebatarle los bienes que poseía. Y su casa es destruída por un huracan que sepulta á sus hijos entre ruinas, y los ladrones se arrojan sobre sus rebaños, dejando á Job completamente arruinado, y convirtiéndole en pobre y miserable de rico y poderoso que antes era.

»Empieza de nuevo el diálogo: reducido Job á la miseria mantúvose fiel, y presentándose otra vez el demonio, díjole Dios: «Has hecho lo que has querido, y no obstante Job continúa siendo el justo, sigue sirviéndome.» «¡Piel por piel,» responde el diablo. Y todavía le dió Dios este permiso. Vosotros sabéis el fin de esta historia, y cómo sentado sobre un muladar y cubierto de llagas continuaba Job alabando á Dios.

»O yo me equivoco, queridos niños, ó el demonio disfruta hoy de esta misma libertad de recorrer el mundo y de combatir á las almas. (La concurrencia se conmovió profundamente al oír estas palabras): Es posible que Dios le haya dicho al demonio: ¿De dónde vienes, y á dónde vas?—Y el demonio responde: *Perambulavi terram et circuivi eam*. Es posible que Dios le haya dicho ya. «¿Pero no has visto tantos buenos círculos católicos, á tantos buenos romanos, no has visto á tantas almas escogidas que aman la virtud, la fé y la religion, y esto donde quiera, en Italia, en Europa y en todas partes? Y si lo has visto, sabes que oprimidos, envilecidos, aplastados como están esos fervorosos católicos, continúan temiéndome y amándome, que siguen frecuentando las iglesias y orando al pié de los altares, á fin de que alce la mano y vaya en su auxilio para poder por último respirar el aire puro de la paz y la tranquilidad.»

»Pues bien, ya que despues de tantas miserias Dios acordóse de Job y le devolvió cuanto habia perdido y mas todavía; ya que Job recuperó sus antiguas posesiones y llegó á ser despues el jefe de una familia mas grande y hermosa; ya que murió tranquilo y contento y cargado de bendiciones, ¡oh! haga el Señor que tengan igualmente este fin todos nuestros males, y que calmada la divina justicia restablezca en todo y por todo la paz y la tranquilidad, de manera que el sacerdote, el hombre de Dios y el hombre de bien puedan transitar por las calles de la capital del catolicismo, sin temor de verse insultados y amenazados de muerte. Tal es mi deseo.

»Como quiera que sea, sabemos que el Señor, que quiso experimentar á sí mismo con una vida tan extraordinaria, ha dicho que tiene en la mano la criba que separa la paja del grano; y así se verá el dia en que los impíos, que se vanaglorian con su impiedad, serán mezclados con la paja, no para ser consumidos por el fuego, sino para arder por toda la eternidad. Sí, llegará el dia en que Dios llamará á las almas escogidas, entre las cuales deseo que os contéis todos vosotros, para ponerlas en sus graneros, es decir, para colocarnos en el cielo y bendecirle por toda la eternidad.

»Deseo el primer triunfo, pero deseo mucho mas el segundo, porque es mas seguro, mas hermoso, mas eterno, y porque dará derecho para alabar siempre á Dios.

»¡Sí, Dios mio! Tal es la súplica que os dirige vuestro indigno vicario. Volved vuestras miradas hácia este pobre pueblo. Vos sois quien ha plantado esta viña, y vos la habeis regado con vuestra preciosa sangre. Vos enviasteis

á Roma á san Pedro vuestro primer vicario, y aquí en Roma fué donde san Pedro sufrió el martirio para afirmar la fé que habia predicado. ¡Dios mio! visitad pues vuestra viña, miradla, considerad sus miserias, y alzad el brazo para bendecirla.

»Benedicid á los jóvenes á fin de que sean preservados de la corrupcion. Benedicid á los padres para que se ocupen con celo en dar una santa educacion á sus hijos. Benedicid á las madres y consoladlas en sus aflicciones. Benedicid á todo ese pueblo, á los presentes y á los ausentes, y hacedlos dignos á todos de poder cantar un dia vuestras bendiciones por todos los siglos en el bienaventurado reino del cielo.»

El infatigable obispo de Orleans ha publicado una carta dirigida á un católico suizo, en la que censura la intolerancia con que protestantes y radicales tratan en Suiza á los católicos. Hay en esta carta algunos párrafos de interés, y se hace en ella un cuadro de las vejaciones de que es objeto el catolicismo en Suiza.

«Se obliga, dice el ilustre prelado, á algunos sacerdotes católicos bajo las penas mas severas á hacer lo que su conciencia y las leyes de la Iglesia les prohiben; á leer desde el púlpito proclamas civiles que contienen párrafos enteramente contrarios á la fé y á los principios católicos, á publicar amonestaciones de matrimonios mistos que obligan á la parte católica á recurrir á un ministro protestante, á bendecir matrimonios de divorciados y hasta de judíos, y á celebrar entierros religiosos en los casos en que la Iglesia lo prohíbe, y en caso de negativa se les castiga con multas, cárceles y destituciones.

»Aun mas; los gobiernos se han apoderado de todas las subvenciones religiosas para los estudios teológicos, y no las conceden sino obligando á los alumnos á ir al establecimiento á donde se les antoja enviarles; si se niegan, si el alumno frecuenta el seminario designado por su obispo, se le excluye *ipso facto* del estado eclesiástico.

»La intolerancia radical persigue la libertad y la fé de los católicos hasta en las escuelas primarias. Se quiere que no haya escuelas católicas, y en todas partes se destruyen los maestros católicos para colocar á los protestantes.

»¿No se ha llegado hasta el extremo de decretar la publicación de un catecismo comun para la Iglesia católica y para todas las sectas separadas? Y lo mas inicuo es que esas escuelas, en que los hijos de los católicos se esponen á perder su fé, han sido creadas y se sostienen con fondos procedentes de católicos.»

El domingo 25 del pasado en Madrid abjuraron pública y solemnemente sus errores otros veinte protestantes con algunos pastores de la capilla de la calle de la Madera, entre ellos uno de los principales corifeos del protestantismo en España, alumno del seminario protestante de Ginebra. Tan bello triunfo de la Iglesia ha desconcertado á los sectarios extranjeros que dirigen el movimiento anti-católico en España, los cuales ven desaparecer en un dia el fruto de años enteros de pérfidos trabajos, y comprenden que este es el pais clásico de la fé, donde no pueden arraigarse las sectas disidentes. La ceremonia de la abjuracion se celebró con gran solemnidad en el espacioso templo de Santo Tomás, que era estrecho para contener la inmensa muchedumbre de fieles. Ofició de pontifical el señor obispo de Madrid, en cuyas manos hicieron los conversos su protesta de fidelidad y sumision á la fé católica, y celebró con un elocuente discurso tan hermoso acto el sabio obispo de la Habana. Pendiente de sus labios estuvo durante largo rato el piadoso auditorio, alabando en espíritu con el doctísimo orador la misericordia de Dios, confesando la divinidad de la Iglesia y rindiendo acatamiento á su doctrina salvadora.

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.—Esta noche disertará por tercera vez sobre *la propiedad* D. Pedro Sampol.